

LA HOJA de PARRA



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60
Telégrafo: LIBROJA

Apartado 547. — Teléfono 1843
Horas: de 9 mañana á 4 tarde

CARAS BONITAS

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth

F. RESTREPO GOMEZ

Hojas de yerba.

EDUARDO ZAMACOIS

Despedida.

CESAR JALON

Del Madrid risueño.

ANGEL G. LUGEA

De mi bohemia.

FIDEL PRADO

¡Cosas de la Naturaleza!

JOSE VIANA COLERA

El nido de antaño.

TOVAR, LUCERIT,

AFRODITA, OTELO

y TINO

Varios dibujos y retrato de

Delirio.



5 cénts.

Biblioteca Regional de Madrid
Viéndola bailar se pone uno á 40 grados y empieza á decir

SECCION VERMOUTH

A HORA que empieza el frío se da la paradoja de que la cosa pública va á entrar en movimiento ya; saben ustedes, por poco políticos que sean, lo que ocurre cuando esa cosa entra en movimiento; que en seguida se calienta, y como el calor es el mejor remedio para el frío, de ahí que, aunque la política es un mal, resulta un mal menor.

Dentro de unos días volverán á abrirse las Cortes y esto de la apertura alegra la vida no sólo de los hombres públicos, sino también de las mujeres idem porque no hay nada que contagie tanto como el enardecimiento de las pasiones. Hay señoras

POR AMBOS LAD



—¿Queréis dejarme en paz? ¿No veis que no puedo con las dos?

—Sí, sí, una por cada lado.

—Bueno; pero luego no protesteis.

que no ya el contacto persistente, el simple roce con un diputado impetuoso y acometedor les saca de sus casillas, sensación que, naturalmente, no suelen experimentar cuando el rozamiento es con un grave senador. Por eso la diferencia de temperamentos entre la Cámara popular y la Alta Cámara.

Por cierto que nada más lejos de la realidad que el nombre de Alta Cámara. ¡Eso quisieran los pobrecitos, tenerla alta! Pero la ley inflexible de la vida les obliga á convertirla en baja, porque ¡ay! ya no puede ser otra cosa.

Los que han puesto cara mustia al enterarse de la apertura, son los empresarios de cines porque, reanudadas las tareas parlamentarias, se nota en la taquilla una gran depresión que, como es lógico, les estropea el negocio en tales términos, que ya el año pasado estuvieron á punto de celebrar una junta magna para protestar de la competencia que les hacen los Cuerpos colegisladores, y, singularmente, el Congreso.

Y no se refieren sus lamentaciones al Cine de dentro, como se ha convenido en llamar al salón de conferencias, sino al cine del salón de Sesiones. Más aún; las películas de abajo no les preocupan. Son las de arriba las que les quitan el público.

Para demostrarlo acuden á una comprobación, que es la siguiente. El presidente y los secretarios del Congreso se ven negros para complacer á los señores diputados, que les asedian exigiéndoles papeletas para las tribunas, pero las peticiones de los Padres de la Patria son una frutera al lado de los centenares de cartitas perfumadas que caen sobre ellos. Solteras, casadas, viudas, de todo. Sus misivas son insinuantes, expresivas, hasta suplicantes: «Necesito de toda necesidad, tres papeletas de una tribuna que tenga poca luz porque mi mamá padece de los ojos. Son para las dos y para un primo mío, que es de provincias, y no sabe lo que

es eso y me ha pedido que se lo enseñe; ¡y claro! qué voy á hacer sino complacerle». «Me haría usted feliz si me enviara dos papeletitas. Mi confesor, que me acompañará, no se atreve á escribirle porque es muy corto el pobrecito. Procure usted que sean de primera fila porque el padre me dice que lo mejor es la delantera». «Como viuda del ex diputado Besugáñez, apelo á su magnanimidad. Deseo presenciar algunas sesiones para consolarme con su recuerdo, mirando al escaño que él ocupaba con tanto entusiasmo. Si me da usted gusto, ¿será tan galante que me remita dos papeletas de buena fila para mí y para un íntimo amigo de mi infortunado Besugáñez, que se me ha ofrecido á acompañarme, y que es tan bueno, que desde su muerte es el único consuelo que me queda?»

Y como estos tres ejemplos que me dió á leer las pasadas Cortes un secretario amigo, reciben á diario paquetes enormes haciendo su desesperación porque no pueden complacer á todas las pediguéñas. Y si los secretarios están indignados ¡imagínense ustedes cómo estarán los infelices ugières! Uno de ellos me decía echando fuego por los ojos:

—Esta modita de venirse aquí tomando las tribunas por un cine «nos» está poniendo la casa hecha una porquería. ¡Si usted viese cómo quedan después de una sesión un poco agitada!

Un pequeño REPORTER



—¡Ay, lo que se pierdó el hijo de su madre! Phs, por más de que en realidad la que se está perdiendo soy yo... Y todo por un tonto.

HOJAS DE YERBA

FRUTA PROHIBIDA

El señor cura párroco de Antones predica á sus vecinos con instancia las exelencias de la temperancia en cuanto á lujuriosas tentaciones.

«La carne es fruta de abominaciones»,

BAÑOS DE OTOÑO



—Pues señor, con tanta gente como iba antes á tomar la fresca y ahora la única fresca soy yo.

grita el doctor; y ahito de ignorancia, dice algún feligrés con arrogancia: «¡es un santo el señor cura de Antones!»

Pero yo si me sé que el señor cura, á pesar de su traje y su tonsura y de vanagloriarse como bueno, vive acechando con pasión avara las ocasiones más propicias para... coger la fruta del cercado ajeno.

F. RESTREPO GÓMEZ

Para toda clase de trabajos tipográficos, dirigirse á la

Imprenta de "Ediciones España,"

Paseo de las Delicias, 60.

DESPEDIDA

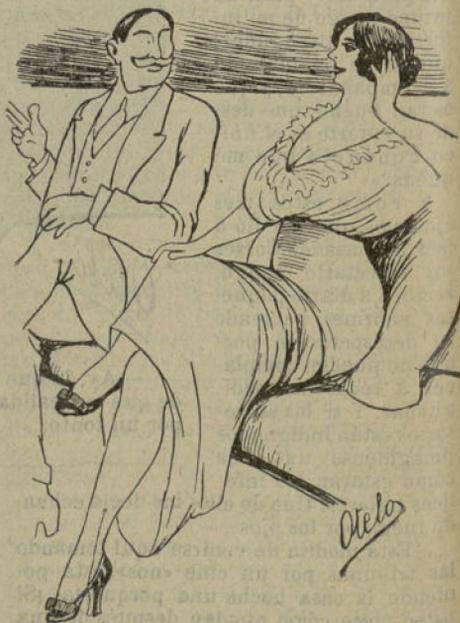
Qué bien conozco, amado mío, los momentos porque ha pasado tu alma durante estos nueve últimos meses!

Cuando nos despedimos yo estaba furiosa, quería seguirte, abandonarlo todo por el placer de continuar riendo á tu lado: tú, en cambio, te mostraste reflexivo, previsor y como dueño del porvenir.

—«Debemos separarnos—dijiste—, pues que la necesidad lo exige así. Yo, que nada poseo, necesito buscar la fortuna mundos adelante; pero tú, debes guardar la posición holgada que tienes: el marqués es joven y rico; consérvale; en su riqueza y en su juventud, puede estar tu fortuna.»

El aplomo de tu ademán y la sentada cordura de tus palabras, me engañaron. Te vi fuerte, paternal, violando con ojos de pitonisa la noche de los años futuros, y

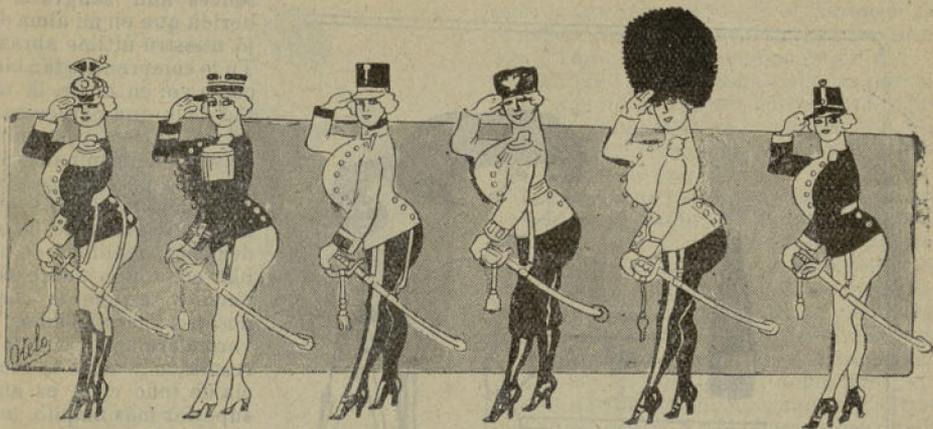
LA FRANCÓFILA



—Yo, si los alemanes triunfan, pienso ir siempre armado.

—¡Pues hijo mío, si no se arma usted hasta entonces!

¡CARNE DE GALLINA!



«Si los ejércitos beligerantes fuesen como la muestra, resultaría punto menos que imposible cortarles las «alas», porque todo se les vuelve «pechuga».

sintiéndome niña, á pesar de mi mucha experiencia, acaté tu decisión.

Ocho días después recibí carta tuya: era una carta alegre, llena del atolondrado contento de los viajes; renglones escritos deprisa entre un buen almuerzo y un vaso de cerveza servido al aire libre, bajo el toldo de un café, en el ambiente bullicioso de una ciudad desconocida.

Por eso no censuro la frialdad inconsciente de tu primeras cartas.

Mi vanidad, pensó: «El cambiará» ..

Así fué. Poco á poco, tus cartas dejaron de ser alegres para trocarse en resignadas y largas: te aburrías; la repetición cotidiana de sensaciones uniformes, llamaba á los recuerdos y hablaste reflexivamente, como buscando consuelo en la convicción de que tu viaje era un mal necesario. A cada momento repetías: «Hicimos bien separándonos; tu tranquilidad y el desinteresado cariño que te dedico, me exigen este sacrificio».

Posteriormente me referías tus proyectos, tus ambiciones, tus esperanzas de la brarte una posición *ahí*..; una posición que me permitiese pertenecerte completamente. Esta fué tu situación de ánimo más duradera, por ser la que mejor te consolaba; la narración febril de tus quehaceres, llenaba tus cartas: el trabajo dejó de parecerse un suplicio para convertirse en un medio atajo ó camino; el camino que, recabando medios honestos de exis-

tencia, me llevaba á tus brazos. Yo pensaba (ya sabes que todo muere en la mujer menos la vanidad): «El vendrá, pues que no puede vivir sin mí».

Más tarde, al final de una carta tímidamente, preguntabas: «Dime: si yo, alguna vez, contando con medios fijos de subsistencia, aunque fuesen modestos, te llamasé á mi lado, ¿vendrías?»..

A lo que yo, á vuelta de correo, repuse:

«Si; prefiero la pobreza de tu amor, á todo el oro de los demás...»

Esta situación la defendiste varias semanas; eres terco y no querías abdicar de tus predicaciones y antiguos consejos; tu amor y tu egoísmo, luchaban desesperadamente; por delicadeza, por orgullo, por legítimo y generoso cariño también, no querías separarme de Juan, ni menos del marqués, sin ofrecerme algo; algo sólido, libre de adversas eventualidades, que resguardase mi porvenir de todo peligro. .

«Ven —dices en tu carta de ayer—; estoy desesperado, paso las noches llorando, no vivo sin ti. No tengo nada, no gano nada, no hallo trabajo; por comprar el sello de veinticinco céntimos que ha de llevar esta carta á tus manos, me quedo hoy sin comer... No importa. Ven, Mía: que yo vuelva á sentirte entre mis brazos, bajo mi aliento, ven; sin el calor de tu carne, mis pobres huesos tiemblan de frío. Ven; soy cobarde, no sé luchar solo, me ahogo; teniendo que trabajar para ti, sería dife-

¡EL CHAMPAGNE CONSOLADOR!



—¡Vaya con el estribillo que ha tomado Juanito! Todas las noches se va y me deja para que me consuele una botella.

rente; tu voz me reanimaría, me inspiraría esas ideas milagrosas que llevan al triunfo. Ven...»

Tus palabras, lo confieso, me han costado lágrimas: ¡qué ternura, qué desesperación, qué despiome tan horrible de ideales hay en ellas. Pensé: «¡Cuánto habrá sufrido para invitarme á morir con él!...»

No, Carlos; no me esperes; yo no voy...

Si la carta que hoy recibo me la hubieses escrito quince días después de marcharte, seguramente lo habría dejado todo

para seguirte; porque entonces aún sangraba la herida que en mi alma dejó nuestro último abrazo. Tú lo comprendes tan bien como yo: en amor, la mitad de lo que parece cariño es hábito, costumbre de ver á determinadas horas á la persona que de antemano sabemos que nada desagradable ha de decirnos, facilidad de hablar con quien siente, discurre y apetece, como nosotros; pero el amor, el verdadero amor, siendo el resultado y como la esencia de todo esto, es algo superior más amplio, más ciego, más fuerte...

Porque te amo bien y deseo serte útil, no te sigo. Me explicaré:

Aunque he vivido bastante; ni las miserias, ni los peligros, ni las siempre temibles emboscadas del ocaso, intimidan mi alma errante. Estando juntos, lucharíamos de común acuerdo, sosteniéndonos mutuamente, burlándonos de lo más grave, emborrachándonos con los vapores de la misma botella y de la misma ilusión. Bueno; ¿y después?... ¿Quién dice que para ese cariño no habría crepúsculo?... Tú no eres libre, tienes una familia; y yo, ¿comprendes? viví una historia demasiado negra y demasiado larga ¡Me adoras!... Lo sé y lo agradezco: tu cariño es mi orgullo;

mas ¿sería justo que dedicases tu existencia á custodiar mi cuerpo, el pobre cuerpo que fué de tantos y que nadie quiso?...

No me llames ingrata, no lo soy; te quiero; mi voluntad y mis sentidos siempre serán tuyos. Si hablo así, es porque no debo estorbarte y corresponder al noble desinterés y á la acendrada lealtad, con que en numerosas y difíciles situaciones, me has tratado. Yo no te merezco, y pocas ofreciéndome lo que no tienes; tú, no

LOS TIMIDOS



—¡Tiene gracia! Se marcha más corrido que una mona. Y es que los pollos de hoy se corren por muy poca cosa.

eres tú; no te pertenesces; los hijos de quien eres sostén, consuelo y honor, gozan de absoluta potestad sobre ti.

Trabaja, ábrete camino, busca la fortuna en las latitudes más apartadas... Cuando seas viejo, regresa á Madrid; yo seré también vieja, y entonces, aunque sin latigazos de lujuria ni espejismos de sensualidad, volveremos á abrazarnos tiernamente: hablaremos, reiremos evocando la juventud lejana, lloraremos sobre la nieve de nuestros cabellos. Yo te diré: «Mi Carlos...» Tú me dirás: «Mi Mia...»

Hasta ese día, guarda mi recuerdo; yo haré lo mismo con el tuyo, y si es cierto que tu cariño no contiene ningún capricho ó pasioncilla de mala raza, mi nombre, llevándote como el aroma y el resplandor de los días apagados, te servirá de cordial confortante y serenador. Yo no seré la tendera de amores que se alquila y se deja, ni la mujer que se engaña, ni la querida que, aferrándose al hombre con amenazas ó esclavizándole con cadenas de ruegos y de lágrimas, echa sobre él una carga.

En tus últimas cartas, he creído ver un ramalazo de celos. «¿Por qué no me informas de tus negocios? —¿Y el marqués? ¿Y Juan?.. Tentado estoy de creer les amas ó que ya no tienes confianza en mí.»

¡Qué niño eres! Si algo callo, es por olvido, que no por previsión recelosa. ¿Qué secretos disimularía yo al hombre que, habiendo podido traicionarme en mil ocasiones, nunca me engañó?

Tampoco tus celos son razonables; yo no quiero á nadie; ni puedo querer, ni quiero querer; mi postrera ilusión amorosa, fué para ti. Es más, y á esto deseo me contestes sin dilación y según tu mejor saber. Es imposible que continúe como hasta aquí, burlando á Juan con el marqués y el marqués con Juan; los dos sospechan de mí, los dos me vigilan, debo, pues, antes de quedarme sin ninguno, decidirme por uno de ellos. Ya he elegido; me quedo con el más feo, con el más tonto, con el más repugnante; con Juan. Es una delicadeza de mi amor hacia ti, un sacrificio que te ofrezco. El marqués era joven ¿verdad?... y simpático; parecía capaz de ser

DEL TOCADO



—Cómo abrazan las tenacillas. Para que luego me diga Pedrito: —«Oye, chatita, ¡con qué gusto me dejaba hacer un tirabuzón!»

querido por algo más que por su dinero; merecía, en fin, ser tu rival... Con Juan, ese peligro desaparece; le odio; su cariño es para mí una expiación... y le escojo porque siento necesidad de sufrir para ti, de purificarme en la evocación constante de tu recuerdo. ¿Eres tás contento? Di.

De Juan no debes tener celos: ya puede besarme, agasajarme, cubrirme de brillantes; es igual; nunca estoy más cerca de ti que cuando me estrecha entre sus brazos...

He leído mi carta; luego, apoyándome de codos sobre la mesa donde escribo, cerré los ojos. ¡Qué rara evocación! Me pareció hallarme sentada en tus rodillas; un aliento ha rozado mi nuca. Es de noche. ¿Duermes?... Y, si hay alma, ¿será tu alma lo que he sentido pasar junto a mí?...

Eduardo ZAMACOIS

Del Madrid risueño.

Un traspaso económico.

I

Pocos quedamos de aquella honorable peña del Café de Sevilla. Algunos ni se acordarán de aquellos tiempos y muchos, los triunfantes sobre todo, habrán echado al olvido, además de los tiempos, las personas.

Pero ni los camareros ni yo los olvidaremos jamás. Estos porque ni uno sólo de cuantos integrábamos la peña se fué sin dejar amarga memoria de su apetito, un tanto disconforme con el bolsillo. Y yo por

— esa es la uña más difícil. Si me la deja usted bien, luego se la arreglará usted al marqués que la tiene torcida.

el cuento histórico que voy a transcribir.

Es decir, que los camareros se acuerdan por las cuentas y yo por los cuentos.

II

Las diez y media. Elejondo dibujaba sobre el mármol, medianamente blanco, una cabeza de toro, que iba a servir de cabeza



MEDICURA



se la cortará usted á Toñito que la tiene muy larga, y después se

á un soneto titulado, si no recuerdo mal, «¡A tu padre!». Después lo pasaría al papá y lo remitiría á una de sus novias.

Al lado de Elejondo, cenaba el doctor A; un doctor que diariamente refocilaba su estómago con un bistek específico, llamando así á la carne guisada con vino de Valdepeñas.

Y en torno de ambos personajes habíamos tomado asiento —por todo tomar— hasta cinco ó seis más de los de la peña.

—¿Y «ese»? —preguntó el joven pianista del café, á quien aceptábamos por compañero á cambio de que nos suministrase música de Wagner.

—Iba con su novia —contestó alguien; los he visto por la plaza de Santo Domingo. Iban muy risueños, sin duda habían cenado hoy.

—O pensaban cenar —corrigió el doctor A...—; porque ese diablo de José Juan todo lo deja para última hora.

—A la fuerza ahorcan, —alegó el camarero— para última hora tuvo que dejar el sueño de anteanoche, porque cenó aquí con su coima y como no tenían dinero, aguardaron hasta que á las diez de la mañana, vino un señor á pagarles el gasto.

III

José Juan era, y creo que es todavía, un poeta, un poeta de la peor especie: poeta de café. Entre el camareraje madrileño están distribuidos sus más bellos madrigales que él, gran comerciante literario, compuso á cambio de un café con tostada.

No sé por qué extraño movimiento de piedad quiso romper una lanza en su obsequio.

—Señores: —exclamé, en son de arenga—, señores:

la mujer que acompaña á José Juan, ó viceversa, no es su coima es su mujer...

—¡Peor para él! —gruñó Elejondo— á tiempo que dibujaba el cuerno izquierdo.

Y yo, algo turbado por la interrupción, proseguí:

—José Juan es un poeta español de lo más genuino; castizo en el lenguaje y bo-

hemio de pura sangre hasta dejar atrás á los clásicos picarescos. Ya veis, todo lo deja para última hora. ¿Cabe condición más española? Tiene la dejadez y descuido de los grandes.

—De que tiene descuidos de los grandes, certifico —dijo el camarero—. Le «pisa» á usted una cena de quince pesetas como si fuese de cinco céntimos.

—Repito que es muy descuidado. Generalmente, el último abrigo en salir á la calle es el de José Juan y también el último en volver á casa.

—¡Claro! —asintió el doctor— como que no vuelve nunca. Al entrar el verano lo empeña.

—Bien; lo empeña. Ello es que le sorprende el tiempo de usar sombrero de paja

UNA BUENA PAREJA



—Chica, qué bien haces de hombre. Contigo no voy á echar de menos á mi marido en el baile.

—Ni después del baile. Ya verás...

cuando no ha podido quitarse el abrigo...

—Ni ponerse el sombrero —silbó otro de los contertulios—. Oh, José Juan no se deshace del fieltro ni á tiros, porque es el único sombrero que le tapa la frente.

La súbita entrada de José Juan cortó instantáneamente el diálogo.

III

—¡Muerto, vengo muerto! —fueron sus palabras de saludo.

—¿Muerto de qué? ¿De hambre?

Pero José Juan no se moría de hambre, todo al contrario, vivía en medio del hambre más pertinaz.

—No se trata de eso. No es cuestión de estómago, sino de corazón. ¡Ángeles, mi pobre Angeles, á quien jamás volveré á ver!... ¡Se ha ido con otro hombre!

—¿Y quién es tu libertador? —le preguntamos á coro.

—¡Ah! ¡Oh! ¡El miserable! Debe ser el propio Satanás. Figuraos que me ha convencido de que esa ceremonia eclesiástica por la cual me dieron en Angeles una esposa, que no una sierva; de que esa ceremonia no tenía más finalidad que la de pasar un rato fastidioso para luego almorzar.

—¿Y te parece poca finalidad?

—No es eso lo peor. Me ha convencido, asimismo, de que el heroísmo del marido, cuando no puede mantener á su consorte, estriba en la resolución de traspasarla á tiempo... ¡Y se la he traspasado!

—¡Bravo! ¡Hurra!... — Todos batimos palmas al héroe. Hasta el camarero agitó, alborozado, la servilleta ante la perspectiva de una disminución en las cuentas de porvenir.

José Juan rompió á llorar. Y cuando extrañados de su actitud inquirimos el por qué de su dolor injustificado, alegó sollozando:

—No me apena la separación; pero ¿sabéis cuánto me han dado por el traspaso? Pues esto: y rodó sobre la mesa una pelota de goma, que sacó de un estuche en cuya tapa se leía esta inscripción: «¡Contiene cinco mil pesetas!» ¡Le habían estado!

A nuestros semblantes asomó un momento la risa, pero nadie rió.

Elejondo, que habia terminado su soneto, se lo dió á José Juan... para que se lo corrigiese, según dijo.

César JALÓN

LA SIESTA



—No he querido echarme boca arriba porque se sueña, y resulta que así se sueña la revés.

De mi bohemia.

I

En las noches sagradas de melancolía una pálida virgen me habló de poesía, mientras la luna bruja, blanca y espiritua^l, se lamía en las aguas del lago de cristal.

En sus mórbidos senos, reclinada mi [frente, era rumor de besos el rumor de la fuente; y sus ojos azules, en los míos clavados, me mostraron el alma de todos los peca- [dos...

II

La carne de Musetta, trágica y deseada, exhalaba el perfume de la rosa encarnada; y era más adorable la adorada Musseta con aquellas ojeras de color de violeta.

Creí morir de gloria cuando me habló [del gusto, que gemía en el fondo de su vientre impo [luto.

Un grito de alegría resonó en el mesón al zarpazo divino de la enorme emoción.

III

El silencio era augusto. Su pie pequeño [y leve iba dejando un surco por la alfombra de [nieve.

Le cantaba la eterna canción de mis amo- [res como á las sus princesas cantaron tovado- [res.

Sintió un dolor supremo; me besó con [cariño mostrándome en las manos la figura de un [niño;

é hincados de rodillas elevamos á Dios el capullo de rosa del volcán del amor.

Angel G. LUGEA

¡Cosas de la Naturaleza!

EL tío Colás tenía un hijo, cosa muy natural tratándose de un hombre casado y por ende había prestado sus servicios en sementales.

El susodicho vástago, que era el encanto de papá Colás y de mamá Dionisia, fué á cursar la carrera de... ¡lo que fuese! á Salamanca.

¡Y cómo no!; tratándose de que á su progenitor le sobaban las peluconas ocultas en una viga del desván. Habrá con ello que epatar al a'calde, que se creía un Creso con capa parda y bastón de borlas, porque poseía cuatro fanegas de tierra y

EL CAFÉ Y LOS TOREROS



—Me han dicho en el mostrador que si no se pegan ustedes otra vez, podemos admitirles.

—Dígale osté que eso está «chipén». Y que agregó que «no ze peguen» las parroquianas; porque yo hay día que pago tres cafés.

una casona amén de un hijo —un aspirante á general— capaz de tragarse la tierra, la casona y aun el bastón autoritario del autor de sus días y de sus medias noches.

Sucedió un año... lo que sucede siempre cuando pasa la fiesta del bendito San Isidro. Que llegaron las vacaciones y con ellas el retorno temporal al hogar de Pedrín el hijo del tío Colás.

¡Repuño y qué orondo volvía el zagal con sus aprobados conseguidos por una chiripa y su aire grave de catedrático en embrión!

Sus amantísimos papás, en celebración de la grata llegada, prepararon al mozo un banquete familiar, que á Heliogábalo le hubiese parecido un monstruo en su género.

Comenzó el banquete —pues cena era el banquete— tras las bendiciones de ritual; pero apenas mediada, bien fuese por una función natural del organismo, ó bien

por capricho extraño, Pedrín necesitó ir á la corraliza.

Aquella noche —noche encantadora de verano— la luna rodaba en el cielo como un enorme disco de plata y nuestro héroe contemplábalas en una posición algo violenta.

Y así en aquella postura y mirando la luna con una atención rayana en la idiotéz pasó el joven un largo rato...

Al cabo de media hora, como Pedrín no volviese á la mesa, el padre impaciente acudió á la corraliza temeroso de que le hubiese ocurrido algo grave á su vástago. Pero nada... Allí continuaba ensimismado, contemplando estoicamente la luna, que parecía sonreírse de la imbecilidad del mozo.

El padre, temeroso de interrumpir algún complicado estudio de la futura lumbrera, retiróse quedadamente á dar cuenta á su consorte del gran descubrimiento:

—¡Chica —exclamó entusiasmado— qué talento más grande debe tener nuestro Pedrín!... Ya ves si será grande que por estudiar no sé qué del cielo está en la corraliza en cuclillas mirando á lo alto.

COSAS DEL HOGAR



El —¡Como en la luna de miel! Se pasa las horas viendo mi retrato!

Ella. —Qué guapo está aquí Luis. ¡Si me lo pescase mi marido!

¡ GALANTERIAS !



—Vamos, marquesa, que usted todavía hace su papel. Le sucede á ustedes lo que á las peras, que cuando parece que se van á pasar es cuando mejor saben.

—Sí lo que á las peras; pero nada más.

A la buena Dionisia se le hacía la boca agua oyendo hablar del mancebo.

Pasó otra media hora larga, y como Pedrín no regresara, el matrimonio, ya más que picado en la curiosidad, fuese á ver qué estudio tan complicado era aquél para así olvidarse de lo más esencial. Allí continuaba mirando al cielo, mirando á lo alto con sorpresa infinita, como si la esplendente cascada de luz le hubiese resuelto en la inmensa pizarra del cielo la cuadratura del círculo.

—¡Pedrín! —llamó quedamente el tío Colás.

Pedrín en la higuera.

—¡Pedrín! —volvió á gritar el viejo más fuerte.

El llamado al oírse nombrar salió de su apoteosis.

—¿Qué quiere usted, padre?—preguntó.

—¡Pero hombre! ¿Qué haces que no sabes á cenar?

—Nada, padre —respondió con aire *finchado*— estaba estudiando un descubrimiento estupendo, colosal, enorme, un

misterio de la Naturaleza, que es el caos, el cosmos, el más allá... todo...

—¿Qué misterio es ese?—preguntó el matrimonio admirado.

—Pues... estaba observando que la luna de este pueblo es.. ¡¡Exactamente igual á la de Salamanca!!...

El tío Colás quedóse primero estupefacto, luego lívido, después asombrado, más tarde idiótico completo, hasta que reaccionando cogió por un brazo al mozo, que le miraba con aire triunfal, y le gritó iracundo:

—¡Cacho de animal! ¿Y para descubrir eso has necesitado cuatro años de estudios en Salamanca? Desde mañana te agarrarás á un arado, á ver si así descubres otro fenómeno de la Naturaleza. ¡Pedazo de imbécil!...

Y dándole dos patadas en mitad de... la

EN LA CARRERA



—¿Y cómo te gusto más, á pie ó á caballo?

—Mientras os pongan esas gorras los jockeys me gustais de todas formas. ¡Con una gorra así dáis gusto!

asignatura le arrojó de la corraliza con gran estupefacción del mozo, que no se explicaba la ignorancia supina de su padre en materia astronómica.

Fidel PRADO

EL NIDO DE ANTAÑO

EL champagne, el champagne!
Saltaron detonantes varios corchos
y el espumoso vino gualdo brilló en
las copas.

LOS ESPECIFICOS



—Qué te sientes más fuerte después de tomar el reconstituyente «El Gallo»?

—Chica, dicen que robustece la salud, pero á mí esa ya no me la robustece ni «El Gallo».

—¡Que brinde Raquel! —dijeron á coro varias voces.

Raquel se levantó de un salto y cogiendo la copa alzó la mano.

—Brindo por el placer, por la alegría, por la juerga y por la vida en fin; que la vida sin placer no es vida, sino planta estéril donde sólo anida la tristeza. Brindo también por vosotros, trovadores de nuestra divinidad, sacerdotes de su culto, y brindo por el triunfo de Lina y porque jamás se rompa nuestra amistad.

—Bravo, bravo —dijimos todos.

—Ahora tú, Lina —añadió el bohemio José Luis.

—No, yo no... no puedo.. no sé.

—¡Que brinde, que brinde! —insistimos.

Al levantarse de la hierba florecieron dos rosas en sus mejillas, y el terciopelo de sus pupilas ardió en la túnica blanco azulada de sus ojos.

—¡Brindo por el amor!

—Un murmullo se dejó oír y después se hizo el silencio; Lina siguió: —No por el amor como lo entienden los imbéciles y los ridículos, ese amor que tiene más de sacrificio y despotismo que de caprichoso é incivil, no; brindo por el amor libre. —¡Bravo! —dijimos—. Por el amor que nace al soplo de las almas y que crece tanto más cuanto mayores son sus trabas en la Sociedad esclava de estos tiempos.

Apuró la copa entre aplausos y volvió á sentarse á mi lado.

Siguieron los brindis, las risas, las frases y la algazara. Lina callaba y recostada contra mi cuerpo entornaba los ojos en los que se quebraban dos traviesos rayos de sol, que al herirlos, los embellecían.

Poníase el sol: el cielo, como una gigantesca co-

pela de zafiro, fundía en vapores la medalla de oro próxima á perderse, cuyos rayos, al reflejarse en la lejana serranía, daban color y vida á los valles y cañadas.

Lina se había dormido; su cuerpo escultural sobre el manto esmeráldico de la hierba, dibujándose en el desorden de la blusa de seda y de la falda ceñida, parecía un aborto del Caos mitológico; y la *Quinta Julieta*, riente y maravillosa, al influjo de la magnífica tarde septembrina, un bosque de la Arcadia donde el loco correr de los juerguistas que jugaban fingía un cuadro de ninfas y sátiros. Se despertó.

—¿Me he dormido? —preguntó asombrada—. ¿Y los demás?

—Sí, te dormistes, por eso te dejamos; estamos jugando abajo. ¿Vienes?

—No.

—¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal?

—No, no es nada, siento no sé qué; anda, déjame; vete con ellos, di que duermo; yo soy así, muy rara ..

—Entonces te haré compañía. ¿Cuándo debutas en San Sebastián?

—Mañana salen los contratos si los firmo esta noche; así que el lunes; pero déjame, anda vete, quiero estar sola.

—Bueno, como quieras; pero si deseas algo...

—No, nada.

—Pues hasta luego.

¡Irmé! Me había intrigado con sus palabras. ¿Quién era Lina? Una artista novel. Sólo esto era lo que sabía de ella. Hacía tiempo que me fué presentada por mis amigos; pero ni yo pregunté ni me dijeron nada. ¿Lo sabían? Quizá tampoco.

Me oculté detrás de un árbol y observé; cuando se creyó sola sacó un papel de su bolsillo y quedó tan sumida en la lectura, tan profundamente abismada en sus ideas, que no se apercebió de que yo quedo, muy quedo, como un ladrón que quiere robar una joya oculta y custodiada, me acerqué para robarle su secreto y lo conseguí.

«Adorada Lina —decía la carta—. Vuelve en tí; piensa lo que vas á hacer. ¿Por qué te fuiste? ¡Si lo sé, si lo adivino! Tomó forma tu sospecha y ya no creíste mis palabras; pero yo te quiero, te quiero mucho, Lina. ¡Tú artista! ¿Es esa tu venganza?

Cuando después de un año sin noticias tuyas he sabido esto he querido sujetarte, aún es tiempo. No puedes ser artista porque tú quieres hacer del arte un instrumento de venganza, para lo que crelas. Tú no sientes el arte, no sabes lo que sien-

tes; eso que crees odio contra mí es cariño; tú me quieres también. Tendrías que arrancarte el alma para arrancar la memoria de aquellos días... ¿Volverás? Si desoyes mis razones y debutas, no olvides que el mismo día habrá muerto para ti quien aún te ama.

Tuyo, Julio.

Cuando la noche se tendió sobre el campo y en los coches volvíamos á Zaragoza, pregunté á Lina:

—¿Cuándo debutas?

Y ella, dando un suspiro con el que volarían todas sus ilusiones de artista, me contestó:

—¡Nunca!

José VIANA CÓLERA



¡Colosal obra erótica!

La noche de boda

CONTADA

por algunos casados y casadas

Relaciones verídicas y sensacionales del más puro naturismo.

Un magnífico tomo con cubierta en colores, UNA PESETA.

Pídase en todos los kioscos, librerías de España, América y á la Editorial Dep, Córcega 299, Barcelona, que lo envía franco contra su importe en sellos, etc.



Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y COMPAÑIA

RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S.A.)

LA INGLESA

Primera casa en gomas
higienicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

Catálogo gratis enviando sello.

Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de LA HOJA DE
PARRA en Madrid. Abada, 22, tienda.
Reparte toda clase de periódicos y revistas

IMPRESA

DE

EDICIONES ESPAÑA (S. A.)

En esta imprenta se hace toda
clase de periódicos, folletos,
circulares, facturas, cartas co-
merciales á precios
económicos.

PASEO DE LAS DELICIAS, 60

Apartado 547. MADRID Teléfono 1.843

Agente exclusivo para los anuncios de LA
HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-muscu-
lares, impotentes, gastados por abu-
sos de Venus, colitarios, alcohólicos,
pesares, estudios, & viejos sin años,
recobrarán las fuerzas de la juventud
con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso
externo. Los medicamentos al interior,
si son débiles, estropean el estómago
y no producen efecto, y si son fuertes
matan la salud. El VIGOR SEXUAL
KOCH se vende en las boticas bien
surtidas del mundo. Conviene que para
determinar el grado de DEBILIDAD se
pida á la CLINICA MATEOS,
Arenal, 1, 1.º, MADRID (Espa-
ña) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirá
gratis por correo, reservadamente.

Un consejo á las señoras

que padecen de rubicundeces, ru-
pus, etc. Tomar todos los días un
Papel Yhomar disuelto en un vaso
de leche ó agua muy azucarada,
y desaparecerán esos defectos que
afean el cutis y teniendo constancia
obtendréis una piel fina, tersa y deli-
cada como pétalos de rosa. Gayoso,
Madrid; Gamh, Valencia, y en las
principales farmacias bien surtidas.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados. Los tres tomos por CINCO pesetas en un
tal, autuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por Ci . . .
ses ó UN dolar.

Los pedidos, con su importe, diríjense UNICAMENTE A ANTONIO ROS, 1-
BRERO, JACOMBREZO, 80, 4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896).

BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas